

243.1
C 792
1849

BREVES ASPIRACIONES

ó

ENTRETENIMIENTOS DE UN ALMA

CON

JESUS SACRAMENTADO

PARA TODOS LOS DIAS DE UN MES,

Y VARIAS ORACIONES Y UN EJERCICIO PRACTICO
PARA ANTES Y DESPUES DE LA SAGRADA
COMUNION.

Por el P. F. Antonio Maria de Grazaletta,
Capuchino.



BIBLIOTECA
Facultad de Teologia

Nº 174131

Compañia de Jesús
GRANADA

CADIZ : AÑO DE 1849.

IMPRESA DE D. MANUEL BOSCH.

Es propiedad de su autor.

[Handwritten signature]

BIBLIOTECA
Facultad de Teología
1911
Compañía de...
GRANADA

CASA... DE...

IMPRESA DE...

LECTOR DEVOTO: te ofrezco estos entretenimientos, y ejercicios para que, si quiera un rato, te ocupes de tu Dios. Justo es consagrar algunos instantes al que todo lo debemos. No encontrarás en ellos, ni frases estudiadas, ni pensamientos sublimes, ni una elocuencia fascinadora; hallarás, si, la espresion franca de mis afectos, y la sinceridad de mi buen deseo. Léelos con candor, medítalos con piedad, y empápate de tu Dios. ¡Ojalá que Jesus Sacramentado, despues de hacerte participante aquí del don inestimable de la Eucaristía, te estreche eternamente consigo en la mansion de la gloria!

DEDICATORIA.

SOBERANO JESUS SACRAMENTADO: compadecido del hombre, encarnasteis para redimirlo; enamorado de él, os quisisteis quedar en la Eucaristía, para ser su consuelo, su mantenimiento y refugio hasta la consumación de los siglos. En el altar sois nuestro padre, nuestro hermano, y nuestro amigo, y siempre atento á nuestros votos, siempre ansiando nuestro bien, nos invitais para que lleguemos, os mostrais propicio á nuestros ruegos, y aceptais nuestros obsequios, aunque imperfectos y pequeños.

Tanta ternura, y tanta liberalidad, Señor, me estimulan y animan á presentarme ante vos, llevando en mi mano esta débil ofrenda, como una prueba de mi gratitud, cual un testimonio improporcionado de mi reconocimiento á vuestros favores. Sumido y reconcentrado en mi nada, os pido perdón de mi arrojó; pero al mismo tiempo espero que no desechareis mi voluntad, ni dareis repulsa á la filial confianza que tiene por base vuestro generoso amor.

Dignaos admitir, Jesus mio, esta obrita, y no mireis en ella, ni la rudeza de mis pensamientos, ni la oscuridad de mis ideas, ni la fastidiosa idiotéz de mi estilo: recibidla solo como una muestra de mi cariño, y como un corto desagravio de tantas ofensas como he cometido contra vos. Etna del cielo, inflamad, abrasad á todo el mundo en el fuego de vuestra caridad, para que todos los hombres os demos la virtud, el honor, la fortaleza y la gloria que tan justisísimamente se os debe.

Señor: humillado al pié de vuestro Tabernáculo, implora vuestras piedades, y aguarda vuestra bendicion el mas indigno de vuestros sacerdotes.

F. A. M. de G.

BREVES ASPIRACIONES

O ENTRETENIMIENTOS DE UN ALMA CON JESUS SAGRAMENTADO.

DIA I.

Mi alma desfallece, Jesus mio, al contemplar la muchedumbre de vuestras dulzuras, que como un torrente de gloria derramais sobre los hombres en la sagrada Eucaristia. ¡Ay, Padre de bondades! Si vuestro Apóstol se admiraba de que Dios tanto amase al mundo que le entregase su Unigenito, ¿con cuánta mas razon me debo yo asombrar de que vos, vida mia, no contento con haber llenado aquella mision divina tan superabundantemente, no contento con haber muerto por mí entre ignominias y penas, os há-

yais querido hacer mi alimento y mi bebida? Yo me confundo, dueño de mi corazon... ¿qué padre se ha visto jamás que haya recreado á sus hijos con su propia carne y sangre? y ¡vos, Señor, infinitamente mas tierno, infinitamente mas espresivo que todos los padres, nos dais vuestra carne por comida, y vuestra sangre por bebida...! ah! ¿qué no debiera yo hacer para pagar beneficio tan grande, merced tan singular? pero ingrato me olvido al momento de vos, y apenas entraís en mi pecho, apenas me regalais con un don tan escelente, yo insensato, me descuido, y solo presto mis oidos á las sirenas seductoras de la vanidad, á los objetos engañosos de este mundo.... Mas ya, Señor, conozco mi delirio, la mala correspondencia que he tenido, y los castigos y abandono que merezco. Os pido, Jesus mio, que no me trateis segun mis maldades; sino que, añadiendo clemencias á clemencias, os

digneis perdonar mi ingratitud y mi descuido, y sustentándome con vuestro adorable cuerpo, y refrigerándome con vuestra preciosa sangre, me hagais reconocido en tiempo y eternidad. Amen.

DIA 2.

¡Oh Jesus, Bienhechor divino! ¿quién lo habia de creer, si vos no lo aseguraseis? Vuestro corazon que iba á ser dentro de breves momentos sepultado en unas agonías despedazadoras y mortales en Getsemaní, embriagado en el amor de los hombres, de aquellos que maquinaban vuestra muerte y vuestros tormentos, no os permitió separaros eternamente de ellos. Sabiais que os aborrecian, que os habian de pagar vuestro beneficio con ingratitud monstruo-

sa; que en el transcurso de todos los siglos que habiais de morar con ellos, os habian de insultar atrozmente, y sin embargo, vuestro inefable cariño no se aviene á obrar de otra manera: os volvais al seno delicioso de vuestro Padre; allí vuestra humanidad honrada condignamente se iba á sentar en el trono de magestad y grandeza que de justicia se le debia, y no resolviendos á abandonarnos, buscasteis el secreto, trastornando las leyes de la naturaleza de quedar con nosotros hasta la consumacion de los dias. Llamasteis, reunisteis á vuestros discipulos, les hicisteis un convite celestial, y volviéndoos todo á vuestro Padre, os disteis tambien todo á los Apóstoles, á la Iglesia y á nosotros, y os entregasteis con toda la bondad de un amigo, con toda la generosidad de un Dios: ¡O amor verdaderamente portentoso! pero tambien amor altamente incomprensible! Si vos, Señor, no lo hubierais dicho, si no

lo hubierais solemnemente jurado.... ¿quien pensaria que bajo esas débiles apariencias habiamos de poseer todo lo que sois, todo cuanto teneis; vuestro cuerpo, vuestra sangre y vuestra divinidad? pues así es, y yo firmísimamente lo creo. Haced, Dios mio, que yo viva y muera en esta creencia, y que despues de recibiros santa y devotamente en la sagrada Eucaristía, mi último aliento sea para Jesus Sacramentado. Amen.

DIA 3,

¡ Dios Santo, y huesped divino de mi alma! mi corazon se transporta con un enagenamiento celestial, cuando considero que os habeis dignado poner vuestra habitacion y tabernáculo en medio de nosotros, y dentro

de nuestro pecho. Mis potencias se electrizan y mis miembros saltan de placer ante vuestro sólio de bondades, como el corderillo tierno, cuando descubre á su cariñosa madre. Vuestra clemencia, Señor, os ha obligado á ocultarnos ese exterior imponente y lleno de Magestad que aturde á los mismos poderios, y hace que se cubran sus rostros y tiemblen de respeto los mas elevados querubines: nosotros entónces acobardados huiriamos de vos, y se perderia la confianza que vos quereis inspirarnos: mas no por eso sois menos grande, y el origen de toda grandeza: no por eso sois menos el Santo y el manantial de toda santidad: no por eso, habitando con nosotros, dejais de ser nuestra gloria y nuestra honra, nuestra vida y salvacion. ¿No os bastaba, Dios mio, haberos humillado por los intereses de los hombres: hasta el portal y el pesebre, hasta la cruz y la muerte, sino que sacrificandoos en nues-

tros altares, por un prodigio de abatimiento de parte vuestra, habeis querido poner el colmo á nuestro honor y á nuestra gloria?

Ay, Jesus mio! que no se borren jamás de mi espíritu estas ideas. Yo seria el mas infeliz si las perdiese de vista. No permitais que yo incurra en aquel olvido que tanto os desagrada, que tanto disgusta á vuestro paternal corazon, y que tan comun es entre los hijos de los hombres. Yo quiero siempre acompañaros en la Eucaristía, para que identificado con vos, ni piense, ni hable, ni haga en todas las cosas mas que vuestra santísima voluntad. Amen.

DIA 4.

¡  Jesus mio! postrado en la pre-

sencia de vuestro tabernáculo siento mi corazón conmovido al contemplaros allí todo dedicado á nuestro bien. Ah! no, no se envanezca ya el pueblo judío al referir la preferencia con que lo trataba el Eterno: tanta facilidad de parte de su Dios en escucharlo, tanta bondad en socorrerlo, tanto cuidado en su protección y defensa, tantos desvelos.... es verdad, Dios estaba como ligado á aquella nación predilecta, y parece como que se hacia un deber en colmarla de sus dones; pero al fin, ¡cuánta diferencia entre el judío y el cristiano! Si aquel habia de tratar con Dios, ó para aplacar su enojo, ó para implorar sus piedades, no hallaba otros mediadores que hombres frágiles, de quienes dice San Pablo, que necesitaban orar antes por sus miserias, que por los pecados de su pueblo: sus sacrificios mismos, y hostias propiciatorias, no eran mas que gordura y carnes de animales; y uno de sus Profetas, interesado en

su gloria, no encontraba en ellas cosa digna de la Magestad del Altísimo, y que pudiera, ó sostener sus derechos, ó reparar su honor insultado: pero el cristiano no necesita otro mediador con el Padre que á Jesucristo.

Sí, Salvador amorosísimo, ante el trono justiciero de vuestro Eterno Padre, sois nuestro Abogado, nuestro Pontífice y nuestra víctima. Desde el Sagrario levantais las manos al Cielo y lo desarmais; y la voz de vuestras súplicas y mediacion por nosotros, no puede ser desoida en la presencia del Altísimo. Bendiciones de gloria bajan para nosotros, y vos sois desde las aras su generoso repartidor. Mi alma, señor, espera estas bendiciones, las solicita; y aguarda que henchida de su abundancia será un monumento glorioso de vuestras piedades y amor. Amen.

DIA 5.

¡ Jesus, mediador especialísimo de los hombres! ¿qué haceis desde esa especie de soledad á que os reduce muchas veces nuestra indolencia y olvido? Encerrado en ese tabernáculo orais incessantemente por nosotros. Vuestra immaculada y misericordiosa voz se eleva sobre las nubes, y pedís á vuestro Padre que no perezca siquiera uno de los que os entregára, que los haga á todos partícipes de su claridad, que los reuna con vos en vuestro dichoso reino, para que lo posean y gocen en una gloria comun: con vuestras voces de paz sofocais y callais los gritos de tantos desórdenes, de tantas maldades como cometemos, y que piden venganza al cielo contra nosotros: os oponéis como un muro, al torrente de iniquidades, que si no fuese por vos, atrae-

ria la desolacion sobre la tierra: ay! una conmocion dulce é inesplicable se apodera de mi alma: de enmedio de ese piélago de bondades me parece que os oigo decir á vuestro Justo y Eterno Padre: «no, Padre mio, no perdais á mi pueblo, á este pueblo rescatado y comprado con mi sangre: lo amo, lo llevo gravado en mi corazon y no lo puedo mirar con indiferencia: por él me he quedado sobre la tierra, y mis delicias las hago consistir en coronarlo de felicidad. ¿Dareis lugar á nuestros enemigos para que insulten vuestro honor y el mio, y se mofen de mi poder para con vos, ó de vuestra bondad para conmigo?». Tal es, Jesus mio, vuestra oracion por los hombres en el Augusto Sacramento. Vuestro Padre no puede menos de enternecerse, se aplaca con nosotros, nos mira á todos incorporados en vos, y en vez de herirnos en su justicia, nos visita en su misericordia.

Continuad, mediador poderoso, continuad vuestras súplicas por el mas indigno de vuestros siervos; que ellas se eleven sobre el clamor de todos mis pecados, y haciendome propicio á vuestro Padre, dispensadme la gracia de la remision de mis culpas, y que uniéndome á vos, en aquel lazo de caridad que tanto vos deseais, no me separe jamás de vuestro corazon ni de vuestro amor. Amen.

DIA 6.

¡ Jesus, médico caritativo de los hombres! Vos sois el remedio, y la medicina segura y eficaz de todos nuestros males, de todas nuestras miserias: el hombre por sí no es mas que un objeto de horror y de compasion: hijo del pecado, concebido y parido en la ini-

quidad, presenta bajo todos los aspectos el espectáculo mas afflictivo y desconsolador: su entendimiento oscurecido con falsos prejuicios, su corazon seducido, depravado con indignas adhesiones, mil afectos desordenados, mil pasiones desencadenadas que batallan dentro de él.... ¡cuántos principios de pecado! pero ¿cuántos caminos de gracias no oponéis, Jesus mio, á ellos desde el Augusto Sacramento? y atendiendo solo á los divinos y asombrosos egemplos que nos dais, y que encierran, como en compendio, los gérmenes de toda virtud y santidad, ¿con qué lenguaje tan espresivo no nos habláis por medio de estos ejemplos? Esa vida oculta que afectáis, esa facilidad en dejar que todos se acerquen á vuestra mesa, en permitir que os lleven á todas partes, es para quitarnos el entusiásmo que nos ciega, queriendo siempre aparecer con ostentacion: esas efusiones amables que

os reducen (al parecer) á no ser rico sino para nosotros, ese despojo universal que os empeña á no querer, ni tener nada, es para desimpresionarnos de cuanto absurdamente apetecemos en esta vida; es para crear en nosotros aquel espíritu de desinterés que nos consuela en la indigencia y que nos escuda contra el fausto y la abundancia: esa bondad infinita que nuestras irreverencias no han podido agotar, que acalla los gritos de la justicia para escuchar solo los de la misericordia, es para que sofoquémos los ímpetus de venganza y de indignacion que tan amenudo se suscitan en nosotros: así Señor, os convertís en un bálsamo suave que sana todas nuestras dolencias.

Sanad, pues mis llagas, médico caritativo, derramando en ellas el licor precioso y divinal de vuestra sangre: fortalecedme con el manjar de vuestro cuerpo y de vuestros ejemplos, pa-

ra que pueda yo oponerme y triunfar de todos los enemigos que intentan arrancarme de vos, y para que en esta vida y en la otra, cante yo con los justos que «el Señor es mi salud.» Amen.

DIA 7.

¡ Señor! ¡conque reconocimiento contemplo el sacrificio augusto de vuestro cuerpo y de vuestra sangre, que nos aplica todos los dias el fruto infinito, y el mérito inefable de aquel otro sangriento, que en la Cruz rescató y salvó á todo el género humano! Los judios tenian sus oblaciones y sacrificios, cuya impotencia estaba marcada en su misma pluralidad: cada persona, por decirlo así, cada pecado necesitaba y tenia el suyo. Esto nacia, dijo el grande Agustino, de que los

sacrificios antiguos, no eran mas que elementos vacios, sombras de las cosas futuras, y era menester multiplicarlos, para suplir en cierto modo con su número la falta de eficacia y de poder, que aun asi les era imperfecto. Mas nosotros, Jesus amabilísimo, nosotros, no reconocemos mas que un sacrificio, pero sacrificio de vos mismo, y por lo tanto una sola víctima para todos los pecadores y pecados, un camino seguro de impetracion para todas las gracias, para todos los socorros que necesitamos; una satisfaccion completa, una reparacion perfecta de todos los derechos y gloria del Padre. Sacrificio que ofreceis incesantemente por mí, por todos los pecadores; de suerte, que no hay uno siquiera que no pueda decir al Eterno con el Profeta: «mis iniquidades, Señor, están siempre á mi vista; y sin embargo espero de vos misericordia: yo me lisonjeo de conseguirla, porque vuestro hijo,

el que es igual á vos, se ha encargado de mis deudas, y cuenta para pagaros con un caudal infinitamente mayor que lo que yo puedo deberos. Con semejante garantía ¿olvidareis la obra de vuestras manos? vuestro muy amado responde por mí, con él habeis de terminar mi reconciliacion: yo confio en sus riquezas, y aguardo en paz vuestras bondades.» *Domínus retribuet pro me, opera manuum tuarum ne despicias.*

Así habla mi alma, Jesus mio, y al pronunciar estas palabras siente una dilatacion inesplicable. Confirmad vuestra obra sosteniéndome para que yo no abuse de vuestra generosa clemencia, y para que satisfaciendo con vos mismo la justicia de vuestro Padre, lo encuentre compasivo conmigo en el dia de la cuenta. Amen.

DIA 8.


 Jesus, abogado de los pecadores! ¿quién habrá que desespere viéndooos decidido por nosotros? Vos os habeis encargado de negociar nuestra reconciliacion y nuestra paz; y vuestro Padre que nada os niega, no puede desatenderos: os encargasteis de ella en el madero de la Cruz, y con el sacrificio cruento de vuestro cuerpo y de vuestra sangre desarmasteis al cielo de sus rayos, y triunfásteis de la culpa y del abismo. La victima nada ha perdido de su mérito, y ya se inmole de una manera visible sobre el Gólgota, ó ya de un modo invisible en nuestras aras, es siempre un Dios quien se inmola, es siempre un Dios quien ejerce una mediacion poderosa en favor nuestro. Sí; siempre Jesus mio, fuisteis atendido por el res-

peto que os mereciais; porqué estais ahora en el mayor abatimiento ¿sereis menos respetable, menos digno de las complacencias de vuestro celestial Padre? No; al contrario este abatimiento os dá un nuevo derecho de pedir, y á vuestro Padre un nuevo motivo de concederos el efecto de vuestra peticion.

¿No es verdad que desde que determinasteis habitar con nosotros y marchar á nuestra cabeza, dijisteis á vuestro Padre, que nos amábais mucho, que no podiais olvidarnos, que vuestros intereses eran comunes con los nuestros, y que tomabais sobre vuestras espaldas la indulgencia ó el rigor que nosotros mereciéramos? Asi es, y mi espíritu no deja de sentirlo. Haced, Señor, que se estampe indeleblemente en mi corazon esta verdad, y que meditándola dia y noche, al pie de vuestros altares, sea un manjar suavísimo para mi alma. Ay! si yo pen-

sára sériamente en esto; si yo me dedicára por algunos ratos á esta contemplacion ¿cómo era posible que os ofendiera? Si; mientras yo pecco, mientras yo os insulto, mientras me acerco á vos distraido y con un alma manchada, vos estais pidiendo por mi eterna salvacion. ¿Podré yo olvidar en adelante tan grande beneficio? Esta idea me consterna: yo os suplico, querido mio, que no aparteis de mí vuestra gracia, para que todos los instantes de mi vida recuerde vuestra caridad para conmigo, y corresponda á ella sirviéndoos con la mayor fidelidad hasta la muerte. Amen.

DIA 9.

¡ Dios mio! postrado en vuestra presencia voy á contemplar por un

momento vuestra caridad para con los pecadores. Mas ay! una voz lánguida, afligida; pero al mismo tiempo llena de confianza, llega á interrumpirme repentinamente. «Señor, oigo decir, el que amas está enfermo; pero mirad que es un doméstico de aquel centurion que se creia indigno de que entráseis en su casa: es uno de aquellos Lázarus ulcerados, cuyo solo aspecto causa horror á la vista y á la naturaleza: es uno de aquellos hijos bastardos que de muchos años abandonó vuestra casa paterna, y se prostituyó en los vicios mas infames, sin acordarse de vos mas que para insultaros:» No importa, respondeis «*eamus ad eum.*» Ni el rango, ni la condicion, ni el estado, ni la vida pasada del enfermo regulan mis bondades; yo lo quiero salvar, busco su corazon, y si está contrito esto me basta: si se resiste, yo tocaré fuerte y cariñosamente á las puertas de su alma, y no

me retiraré hasta que consiga que me las abra: entonces entraré como un Dios de salud, lo consolaré, lo regalaré con ternura y tendré con él las mas castas, las mas amables delicias. Yo no distingo ni al grande ni al pequeño, no me espanta ninguna clase de males: voy como un médico caritativo para aprender de la boca misma del paciente el detal de sus desgracias, para enseñarle con mi resignacion y paciencia, á moderar sus pasiones y sentimientos: voy para curarlo enteramente, si es gloria y voluntad de mi Padre, ó para confortarlo hasta el último suspiro, si está ya decretado el fin de sus miserias y el alzamiento de su destierro.»

¡Puede imaginarse bondad mas ecesiva! ¡y vais á derramar el gozo y la conformidad sobre el infeliz moribundo! Vos lo sosteneis en sus últimos instantes, vos le haceis llevaderas aquellas angustiosas agonías.» ¡Los An-

geles os bendigan porque tan bueno y tan liberal sois con el hombre! ¡Ojalá, Jesus mio, que yo tambien entonces os reciba, y que vuestra voz omnipotente me resucite para la vida eterna! Amen.

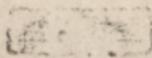
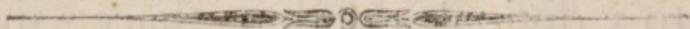
DIA 10.

¡ Jesus mio! quereis vivir en nosotros, y vuestro corazon no puede resolverse á estar separado de aquellos por quienes bajasteis á la tierra. Venid á mi, nos decís desde lo interior de vuestro tabernáculo; venid á mi todos cuantos gemís bajo el peso de los trabajos, de las aflicciones y calamidades. Ah! ¿os aterra la multitud y atrocidad de vuestros pecados? Sabed que yo soy el Dios de las misericordias, y que hago ostentacion bri-

llante de este atributo sobre todos los demas. Si vuestra penitencia es sincera, mi amor será sin igual, mi corazón se convertirá á vosotros, si el vuestro se convierte á mí. Así como mi sangre derramada sobre vuestras úlceras y llagas en el tribunal de la penitencia, las ha sanado y quitado la fetidez y el horror que pudiera lastimar la santidad de mis miradas; esta misma sangre vertida dentro de vosotros mismos en la Eucaristia, hará germinar aquellas nobles virtudes que prescribe mi ley, y que facilita mi gracia. Venid presurosos, que el pan de los ángeles es ya el pan de los hombres. ¿Vais descaminados? Yo seré vuestra guía: ¿estais huérfanos? yo seré vuestro padre. Si la incertidumbre os agita, seré vuestro consejero: si la indigencia os consume, yo seré vuestro remedio: si la tribulacion os persigue, seré vuestro consuelo. Yo seré mas, si acaso es necesario. Fui

vuestro mediador en la cuna, vuestro redentor en la Cruz: soy tambien vuestro alimento y vuestra víctima sobre el ara... Venid pues, ¿qué temeis? Los milagros no ligan, ni sujetan mi ternura; mi amor está recompensado con que me ameis: yo me satisfago con que me deis vuestro corazon: ¿no es muy justo que yo lo posea, entregandoos el mio? Venid, pues; pero venid sin dilacion: venid todos; pero venid á mí, y no vengais sino á mí.»

¿Quién no corre, Jesus mio, oyendo este lenguaje? Mi alma, ya no se puede contener: vuela hácia vos, y no quiere mas morada que vuestro santuario: aquí con vos, dueño mio, quiero habitar todos los dias: prendedme con las fuertes cadenas de vuestro amor, para que jamás me arranque de vuestro lado. Amen.



DIA 11.

¡ Jesus amado de mi corazón!
 ¿quién sería el hombre ciego é incen-
 sato, que participando de vuestro don
 en la Eucaristia, escuche con indife-
 rencia vuestro lenguaje, é insensible á
 vuestras caricias se salga de vuestra me-
 sa frio y sin abrazarse de vuestro a-
 mor? ¡Tan pródigo, Señor, como sois de
 vuestros beneficios, tan digno de nues-
 tro reconocimiento, que nos amais
 hasta querer que os amemos, hasta
 lisonjearos si os amamos: ¡oprobios, hu-
 millaciones, trabajos.... nada omitis,
 nada perdonais para asegurarnos nues-
 tra felicidad; y aun todavía nos bus-
 cais como si os fuesemos necesarios
 para la vuestra. Nos rogais, nos soli-
 citais, nos convidais á este banquete
 santo y divinal, donde os haceis man-
 jar de nuestras almas, despues que

fuisteis su redencion y su precio: «hijos de mi corazon, nos decis, tomad y comed, este que os entrego es mi cuerpo: aquel mismo que el Espiritu Santo formó de la sangre mas pura de Maria, con tanto primor y esmero; aquel mismo que los Angeles, los pastores y reyes adoraron llenos de respeto y admiracion; aquel en cuya presencia se estremecen y huyen espantados los demonios: ese mismo es el que os doy: ¿os aterra esta palabra? pues atended: proveyendo á vuestras necesidades, no he olvidado vuestros temores; este es mi cuerpo, pero os lo presento bajo la forma de pan. Muy superior al maná, que alimentó á vuestros padres en el desierto sin garantizarlos de la muerte: muy diferente de aquel árbol vedado cuyo indiscreto y culpable uso, hizo del primero de los hombres, el primero de los rebeldes y desgraciados: este pan saludable y celestial se-

rá en vosotros la semillá de las virtudes y de la inmortalidad. Adán quiso ser semejante á Dios, y perdió los derechos de su naturaleza, por haber avanzado á los honores de la mia. Mas cuando un Dios ha descendido hasta vosotros, creed que es para elevaros hasta él mismo. La union que contraereis conmigo, os levantará al rango, á donde la temeraria ambicion del primer hombre pretendió subir; y fortificados con mi fé, quedareis inmortales como yo: «el que comiere este pan vivirá eternamente. ¿No os conmueve la esperanza de uniros y ser semejantes á mí? pues sed siquiera sensibles al temor de perderme para siempre: morireis sino coméis este pan de vida, único que puede defenderos de la muerte.» Ay! Señor: yo no quiero esta muerte, y aunque me creo indigno de llegarme á vos, vuestras palabras me animan, y vos suplireis lo que me falta. Deseo ese pan divino en que se

encierra la vida: dadmelo, Jesus mio,
para que yo viva eternamente. Amen.

DIA 12.

¡ Jesus cariñoso! ¿con que demostraciones mas espresivas podiais manifestarnos el deseo que os animaba de uniros á nosotros, que quedandoo Sacramentado? ay! qué no me fuese permitido entrar con todos los hombres en vuestro adorable corazon ocupado sin cesar de nosotros sobre el ara? el amor es quien os ha obligado á tanto; pero un amor liberal y sin reserva, un amor puro y sin mezcla, y... ¿me atreveré á decirlo? perdonadme, Jesus mio; un amor mas generoso que el que os condujo al Calvario, os fijó sobre una Cruz y os hizo agonizar entre vergonzosos suplicios.

Sí, Dios mio y mi Salvador; porque el sacrificio de vuestra vida os estaba mandado: muriendo por nosotros, nos amabais, es verdad; pero tambien obedeciais; obediencia que sin disminuir su gloria, añadia precio á vuestro sacrificio. Mas nosotros no leemos en la escritura que la institucion de nuestro sacrificio, ó del sacrificio de nuestros altares os fuese ordenada: ella es el milagro libre y espontáneo de vuestra ternura; vuestro corazon así lo ha querido y vuestra amorosa liberalidad no toma aquí nada de mérito de la obediencia...

¡Alma mia! y ¿serás tan ingrata que no te penetres, ni te enciendas en el deseo de unirte con tu Jesus en la Eucaristía? Ay! que union tan inefable! ella te hará vivir en Jesucristo, y á Jesucristo en tí: ¿añadirás á los pecados que te hacen indigna de acercarte á su mesa, el de ser insensible? No lo permitais, Jesus mio, antes ol-

vide yo mi derecha que tu infinita caridad. El amor mas generoso, escije de mi parte el amor mas reconocido. Yo os lo prometo, Señor, ayudado de vuestra gracia. ¿Podré yo negaros mi amor despues que he recibido de vos el mas grande beneficio que un Hombre Dios puede inventar en favor de los hombres? haced que mi agradecimiento corresponda á vuestras piedades, que las conserve siempre en mi memoria y que se eternicen conmigo en el Cielo. Amen.

DIA 13.

¡ Jesus, pan celestial! ;cuán precioso ha sido para la tierra aquel dia de ventura en que prócsimo á espirar por nuestras iniquidades, y únicamente ocupado de remediar nuestro infor-

tunio , colocasteis sobre el altar el cuerpo venerable que habia ser clavado en la Cruz, y os obligasteis allí á reproducir incesantemente para nuestras necesidades la misma vida que sacrificabais por nuestros intereses! llenasteis nuestros santuarios con el doble depósito de vuestra augusta divinidad y de vuestra humanidad sacrosanta. Y no contento de conservar siempre , con el milagro susistente de vuestra presencia, nuestro respeto, quisisteis renovar de continuo nuestra adhesion y reconocimiento con las profusiones siempre nuevas de vuestra inagotable bondad. Para recomendarnos el respeto mas legítimo, basta Señor, que se nos hable el idioma de los prodijios. Vos sois en nuestros templos lo mismo que en vuestra gloria el Dios de la naturaleza. Vuestro poder puede brillar en el tabernáculo como en los Cielos: los serafines rodean el altar en que sois inmolado,

como el trono en que reináis, y los ángeles allí no son ménos los ministros del Dios víctima y humillado, que los intérpretes del Dios legislador y soberano. ¿Por qué pues no dejais salir algun rayo de vuestra luz que confirme la grandiosa idea de vuestra presencia? por otro milagro de condescendencia y de amor; porque aquí todos son milagros. Milagro de bondad en favor de nuestra cobardia ocultandoos á nuestras miradas, destruyendo una sustancia sin quitarle nada de lo que tiene visible, y produciendo otra de ella sin cosa alguna que la sensiblece; nos ofreceis lo que ya no ecsiste por signo de lo que es, y nos conducís á las verdades de la fé por la ilusion de los sentidos. Milagro de dependencia, pues sin despojaros de vuestra soberania, concedeis al Sacerdote una especie de señorío y de imperio sobre vuestra divina persona, bajando, á su voz, de las alturas y o-

bedeciendo su palabra. Milagro de ternura y de generosidad; pero que obra solamente sobre vos, y á espensas de todo vos... Milagro... pero no es menester mas, Jesus mio, yo reconozco en la Eucaristia el compendio de todos los portentos. ¡Ojalá que pueda contar yo entre ellos el triunfo que deseo que consigais sobre mí, y sobre todas mis pasiones! ¡qué dichoso seria yo en ser vencido por Jesus Sacramentado! Vuestra victoria, Señor, me glorificaria mas que todos los honores de la tierra y seria un gaje de la felicidad que espero en la otra vida. Amen.

DIA 14.

¡ Jesus! ¡cuán amable me pareis en el Sacramento! en los otros misterios, vuestra divinidad aterra nuestros

espíritus, turba nuestros sentidos, confunde nuestra razon; y se hace infinitamente respetable por todo lo que la hace incomprendible. En la Eucaristia, atacais á nuestros corazones á la par que á nuestros entendimientos, y como infinito que sois en vuestras operaciones, os mostrais tambien infinitamente amable en vuestros efectos: en los otros misterios, la divinidad es el objeto de nuestra admiracion; en este no quiere ser sino de nuestro reconocimiento: en aquellos ejerce sus derechos; en este nos los sacrifica. Los otros milagros son para su gloria; este para nuestra utilidad. Poneis, Jesus mio, sobre el ara la humanidad augusta, que padeci6 en un madero, con todas sus facultades y sentidos; y encerrais en el tabernáculo la deidad suprema que llena los cielos y la tierra con la inmensidad de su ser. En otro tiempo, obrasteis prodigios para glorificar al Dios oculto en el hombre, ahora los

obrais para encerrar bajo unas especies débiles al hombre y Dios: vuestra grandeza no se descubre sino en cierto modo para destruirse; todas las partes de vuestro cuerpo se reducen á un espacio casi imperceptible; y sois verdaderamente en este misterio, no solo el Dios escondido, sino tambien el Dios anonadado. En la encarnacion, os humillasteis tomando la forma de un niño; en lo restante de vuestra vida mortal, os humillasteis apareciendo bajo la forma de esclavo; en la Cruz os humillasteis sufriendo los suplicios de un criminal. ¡Niño, esclavo, victima! En el Sacramento os humillais mas que en la Judea; allí teniais una grandeza de que os despojais aquí, y como sino os bastase sacrificarnos lo que os hacia nuestro Señor y nuestro Dios, nos sacrificasteis tambien lo que os hacia nuestro igual. ¿Podiais hacer mas para atraernos, y para enseñarnos la humildad? ay! Dios

mio, ¡cómo confundís mi orgullo con vuestro abatimiento! junto á vos quiero aprender esta importante virtud. No me alejeis, Señor, de vuestra mesa; recibidme siquiera entre los últimos de vuestros convidados para que gravandose en mi alma vuestra enseñanza con caracteres indelebles, logre el premio que teneis destinado para los que son verdaderamente humildes. Amen.

DIA 15.

¡ Jesus, manjar delicioso! las grandes necesidades de mi alma me traen al pie del trono de las gracias: de ese tabernáculo de gloria veo salir, Jesus mio, un rio infinito, cuyas saludables corrientes las deseo yo con la ambicion y con el ansia que el siervo herido busca las cristalinas fuentes. Yo

no puedo encontrar la saciedad de mi espíritu sino en vuestra divina mesa. Ah! recibiendoos, no envidio la suerte, ni de Marta, ni de Maria, ni de tantos otros que os hospedaron en sus casas: yo os hospedo en mi corazón: ¿qué mas puedo apetecer? La sustancia de mi Dios, es ya mi propia sustancia: basta; mi inagotable ambición, ya nada tiene que pedir.

¿De cuántos bienes no disfruta el que posee al autor de todos los bienes? Qué tesoros llamarán la atención del que ha encontrado el tesoro de los Cielos? Jesucristo es mi alimento, Jesucristo es mi bebida.... riquezas perecederas, bienes caducos y miserables de este mundo, retiraos, yo me divorcio para siempre de vosotros. Me seducísteis: pero ya conozco mi error: me brindasteis una dicha que no teniendola, tampoco me la podiais dar; me arrancasteis de los brazos de mi Dios, y yo á vuestro lado no he

hecho mas que llorar: estoy ya perfectamente desengañado: yo pronuncio sobre vosotros un anatema eterno; ayudadme, Jesus mio, para que lleve á cabo mi determinacion.

Ay! ¿dónde estaba yo dueño de mi alma, cuando os olvidé, cuando os volví las espaldas? cuando me retiré y huí de vuestro rebaño? Vos me convidabais para que entrase en vuestro festin, me ofreciais vuestro cuerpo y vuestra sangre para mi regalo, y yo todo lo desprecié: ¡ay Señor! ¿quién pudiera volver atras los dias? ¿cuán diferente seria mi conducta de lo que ha sido hasta aquí! Pero ya estoy arrepentido; perdonadme, Padre amorosísimo: os lo pido por vuestra sangre sacrosanta; os lo pido por ese amor con que os habeis quedado en el Sacramento. .. ¿seré tan desventurado que yo solo salga de vuestra presencia sin encontrar gracia, cuando tantos la han hallado? No lo espero yo así, Dios

mio; vuestro corazon se enternecerá á vista de mis males, y vuestra mano caritativa se aplicará á remediarlos. Esta confianza queda depositada en el fondo de mi espíritu, y ella no ha de ser frustrada. Hacedlo así, bien mio, para que yo cante eternamente vuestras piedades. Amen.

DIA 16.

¡ Jesus, refrigerio del hombre! ¡qué dulce, que santa es la embriaguez que causais en las almas! no; ella no se parece á esa tumultuosa y desordenada ebriedad en que viven escandalosamente los hijos del pecado y de la carne. Léjos de envilecer y degradar al hombre, lo eleva sobre si mismo, lo engrandece sobre los Angeles, y haciendole olvidar las cosas de la tierra,

del tiempo y de la nada, asienta su corazón y sus deseos en el océano inmensurable de Dios. Necios adoradores del siglo, que con tanto entusiasmo y ardor, correis ciega y desatinadamente en pos de la vanidad, haced en hora buena vuestro ídolo de los tesoros de la tierra: atad á vuestra fortuna é intereses, poderosos amigos; aprovechad con fruto cuantas ocasiones se os presenten de adelantar, de figurar y de ser.... el que una vez ha gustado cuan dulce es Jesucristo en el sacramento de su amor, odiará, mirará con horror todos esos objetos que os fascinan, y el cáliz que el Hijo de Dios le dá le parece preferible á lo mas grande y delicioso que pueda ofrecerle el mundo.

Ah! yo no me espanto, como San Agustin tampoco se espantaba, de que los mártires embriagados con este licor divino insultaran la crueldad de los tiranos, desafiaran sus amenazas y

despreciarán sus promesas; y que después de recibir los primeros golpes de un furor igual al poder de los que los descargaban, con una serenidad inalterable, corriesen intrépidos y alegres á los últimos suplicios. No me espanta, que no los conmoviese, ni el oprobio y decadencia en que dejaban sus familias; ni los gemidos de una esposa tierna; ni las lágrimas de un padre encorbado bajo el peso de los años y de los trabajos: Jesucristo iba con ellos y les inspiraba aquella asombrosa energia que mas de una vez llamó la atención de sus verdugos. Ellos se envalentonaban con este pan de los ángeles, con este vino de vida, y ni el infierno, ni la muerte los podia aterrar.

Jesus mio: hacedme participante de este valor cristiano y generoso: enemigos formidables me cercan tambien por todos lados, y vos solo me podeis defender: con esta fé me llego

á recibiros y espero que vuestro Sacramento engendrará en mí, como en aquellos, una fuerza que todo el infierno no la podrá trastornar. Amen.

DIA 17.

¡  Jesus, Dios omnipotente, aunque escondido! qué efectos tan prodigiosos fluyen y corren en abundancia de vuestra soberana mesa! qué gloria para el hombre! ¡qué valor en sus debilidades! qué paciencia en sus trabajos! qué resolución para no pecar! Sin embargo nada de esto me admira: vuestro Sacramento bien recibido debe naturalmente producir estos frutos; el cristiano que se acerca á él con las disposiciones necesarias, no puede tener otros sentimientos que los que tuvieron tantos fieles en los

siglos de oro de la Iglesia: él responderá sin trabajo en las ocasiones mas críticas, lo que contestó el antiguo José á la muger lasciva que lo solicitaba: «Señora, le decia este sábio y virtuoso jóven, mi amo me ha colmado de bienes y de favores: me ha confiado su casa, sus tierras y cuanto posee: no me ha reservado sino a tí que eres su esposa; ¿y quieres que despues de tantas gracias, despues de tan singulares mercedes, me resuelva á ofenderlo, á hacerle traicion, y haciendosela, atropellar y violar tambien la ley santa del Dios á quien adoro? No, de ninguna manera.» Ejemplo asombroso que tan eminentemente siguieron en la nueva alianza las Potamianas (a) y tantas ilustres vírgenes que

(a) Solitada esta ilustre y hermosísima vírgen de un amo impuro que arrastrado de su rara belleza la intentó violar, le dió esta sábia contestacion que debiera esculpirse en planchas de oro: «Señor, ¿no sabes que soy cristiana, y que los cristianos no cometen ningun crimen?» La

despues de una santa y digna comunion, triunfaron de la ferocidad y engaños del mundo y de la carne.

¡Ah, Jesus mio! gravad sobre mi alma estos modelos: haced que imitandolos pueda yo contestar á mis pasiones despues de recibiros.... Y qué! el rey de la magestad acaba de franquearme todos sus tesoros; me ha amado hasta entregarse todo á mí, hasta hacer de mi corazon el asiento de su gloria, hasta sacrificarme su cuerpo, su alma y su divinidad, y ¿quieres que yo lo ultraje? no: ¿podria yo ser insensible al esceso de su amor, y partir con el mundo su enemigo, ún corazon que él solo lo quiere poseer?.. Alejaos de mí, ídolos seductores é impuros: vosotros no mereceis sino el menosprecio de un hombre que todos los dias puede recibir la grandeza en toda su estension, la gloria en

metieron poco á poco en una caldera de pez hirviendo, y su suplicio duró tres horas. Murió por los años de 204 ó 205.

toda su brillantez, la pureza en su manantial: vosotros no sois mas que unos objetos viles y miserables para un cristiano á quien el monarca de cielos y tierra quiere servir de alimento: ¿osaria yo por una indigna bajeza olvidar el reconocimiento y fidelidad que le debo? No lo haré jamás. Así, Dios mio, deseo contestar á mis pasiones: ojalá que vuestra virtud me sostenga en mi propósito hasta el último aliento de mi vida. Amen.

DIA 18.

¡ Jesus, beatitud del hombre! ¿quién será capaz de comprender y ponderar debidamente la felicidad y el honor del que os recibe? Alma mia, abre, ensancha tus potencias á la admiracion y al gozo. Aquel Dios grande,

para quien los cielos son estrecha morada, aquel soberano magestuoso que tantos reyes desearon ver y no vieron, te se presenta en la Eucaristia. Abrahan, aquel Padre de los creyentes, cuya fé fué tan probada, ansió arduosamente ver su dia: lo vió con efecto al trabés de una larga série de siglos, y se inundó de consuelo y de placer. Simeon lo tuvo por un momento entre sus brazos y transportado y mirabundo ecsaló en cántares divinos su amor y su alegria. ¿Qué deberás tu hacer, alma mia, que lo recibes no solo por la fé, que lo abrazas no por un instante rápido, sino que te alimentas realmente con él, que lo entras en tu corazon, y que puedes decir con Tertuliano que te nutres y te sacias de tu Dios? ah!: estasiada y poseida de un enagenamiento divino al gustar manjar tan delicioso ¿no deberás inflamarte en los ardores y llamas celestiales del amor

de Dios? ¿no deberás escalarle en tiernos y candorosos suspiros, y entregarte sin reserva al dulce placer de amar y adorar á tu Salvador? La posicion de Maria que sentada á los pies de Jesucristo se olvidaba de todas las cosas de la tierra, debe ser en adelante tu preciosa y envidiable herencia. Allí, junto á Jesus Sacramentado, á los pies de su augusto tabernáculo te debes consagrar enteramente á su servicio: ay! cuán dulce es derramar allí unas lágrimas cristianas y poder decir con San Pedro: «Señor, tu sabes todas las cosas, y sabes que yo te amo:» estas lágrimas son infinitamente mas apetecibles que esas necias algazaras, que esos regocijos insensatos que buscan los hombres corrompidos, en los espectáculos y teatros.

Yo, Jesus mio, quiero estar con vos, quiero gemir como la inocente paloma, cerca de vuestro sagrario: a-

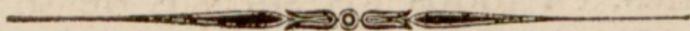
llí estasiado y absorto en los hechizos de un amor santo, os bendeciré eternamente con todos los que buscan al Señor. Amen.

DIA 19.

¡ Jesus amantísimo! qué lazo tan estrecho habeis preparado en el Sacramento para prender al hombre que se huia de vos! vos cambiais, y transformais á aquellos que tienen la dicha de recibiros condignamente. Los haceis una misma cosa con vos, por una unidad tan incomprehensible, que la comparais vos mismo á la que tenéis con vuestro Padre. La union de nuestras almas con vos en la Eucaristia es tan perfecta, que llegó San Cirilo á afirmar que era semejante á dos porciones de cera, que derre-

tidas juntas forman un solo cuerpo. Y ¿qué sentimientos no deberá enjendrar esta verdad en mi corazón? ah! Señor: pediros humildemente que estrecheis conmigo este vínculo para que jamás me separe de vos. Así como pedisteis á vuestro Padre, que santificara á vuestros escogidos, que los guardara en su santo nombre, que no hiciera de todos mas que un solo rebaño como era uno solo el pastor, que los consumara en la unidad; pedid especialmente Jesus mio, por esta oveja estraviada que se ausentó de vuestro redil. Volvedla, Pastor caritativo, para que encuentre en la abundancia de vuestros divinos pastos y de vuestro angusto Sacramento, el reparo de las fuerzas que perdió. Si os dignais inclinaros para alzarme de mi miseria, si me tomáis en vuestras manos, si me lleváis en vuestros hombros, ¿no seré ya entonces una misma cosa con vos? quien me arran-

cará de vuestro poder? Yo seré por comunicacion el hijo del Muy Alto. Mis lábios darán un fruto eterno de alabanzas, y semejante á aquellos ancianos y sacerdotes inmortales que rodean vuestro sόlio en el cielo, publicando dia y noche vuestra gloria y su reconocimiento, anunciaré por todas partes que el cordero de Dios, que ha sido inmolado desde el principio del mundo, que por su sangre me ha rescatado de la ominosa esclavitud que yo sufría, que me ha escojido en sus piedades de entre todos los pueblos y tribus, es digno de recibir la divinidad, la gloria, el honor y la bendicion en los siglos de los siglos. Amen.



DIA 20.

¡ Jesus, Dios de los prodigios! yo no puedo menos de confesar la mudanza que obráis en aquellos que os reciben debidamente: transformados en otros hombres; cuán distintos parecen de lo que eran antes! hijos del pecado parecian deformes y abominables; despues criaturas de la gracia, alimentados á vuestros pechos, son hijos de vuestro corazon, hermosos y gallardos. Su boca que se abria para la iniquidad, se abre despues para ofrecer á vos, y á vuestro celestial Padre un sacrificio de alabanzas. Sacrificio que ofrecen sin cesar, porque lo ofrecen en todas sus acciones, en todos los sucesos de su vida. Os alaban en la prosperidad, porque saben que sois el autor de todos los bienes; con mas gusto os dan

gracias en la adversidad, porque conocen que las cruces mudan de nombre en vuestras manos, y no son sino señales de vuestra ternura: los que-rcis asemejar á vos mismo en esta vida, para que su triunfo en la otra sea mucho mas glorioso, mucho mas brillante. Os magnifican en los combates, porque no ignoran que aquel Dios, que con una sola palabra calmó los huracanes y las desechas borrascas puede tambien con otra, hacer que los que se le incorporaron en la comunión, salgan vencedores de las pruebas mas terribles. Os engrandecen en las tentaciones, porque sienten que la Eucaristia, que como canta la Iglesia, recuerda la memoria de vuestra pasion y de vuestra cruz, con la que triunfasteis de la muerte, del mundo, y del demonio, ayenta estos enemigos implacables de nuestras almas, y que Luzbel se terroriza y tiembla á la presencia del

Sacramento como un pequeño y débil animal ante un leon furioso. Por último; os bendicen en sus padecimientos y persecuciones, porque no se les oculta, que el Señor que han recibido, es el Dios de las consolaciones y el Padre de las misericordias, y que si los aflige es para probar su amor y recompensarles ciento por uno.

Haced, Jesus mio, que yo me porte tambien así, y que dé á entender con mi conducta, que vos sois en mí mas poderoso que toda la furia de mis enemigos. Amen.

DIA 21.

¡ Jesus, vida eterna del hombre! Vos habeis dicho, y yo firmemente lo creo, que el que comiere del

pan que vos le dieseis, de ese pan bajado del Cielo, no morirá jamás: ¿y cómo es posible que muera el que se mantiene de la misma vida? «*quomodo morietur cui cibus vita est?*» Así hablaba San Ambrosio, y con él todos los Padres de la Iglesia: por eso enagenados siempre que trataban de la Eucaristia, emplearon espresiones tan grandes, tan magnificas, y que daban bien á entender los dardos del amor divino que los tenian dulcemente heridos, y el fuego celestial que los consumia. Pero yo no lo extraño; todo es poco cuando se trata de Jesus Sacramentado, y los términos faltan á las ideas. Los unos con San Ignacio mártir, llamaron á la Eucaristia antídoto contra la muerte, y medicina de inmortalidad. Los otros con San Dionisio, un manjar inefable que deifica á los que lo reciben: estos con San Hilario, la han calificado de comida para la eternidad: aquellos con

los cristianos de Cartágo, creyeron decirlo todo llamandola simplemente *vida*: y con efecto, decia San Agustin, beber la sangre del hijo del hombre, y comer su sacrosanto cuerpo, ¿es otra cosa que recibir en toda su estension la vida y la inmortalidad?

De este modo, Señor, han manifestado en todos los siglos los fieles y los padres, el alto concepto en que tenian al Sacramento de nuestros altares. Penetradme, Jesus mio, de tan nobles y grandiosos sentimientos, para que la comunión me sea un manjar de vida y de salud: ay! que emociones tan tiernas se suscitan y despiertan en mi corazon, cuando entrando en vuestros augustos templos, oigo resonar en sus magestuosas bóbedas estas sublimes palabras, conque honra al Sacramento vuestra esposa la Iglesia: «O convite sagrado! en que Jesucristo sirve de alimento al hom-

bre, en que se hace memoria de su pasion, en que el alma se llena de su gracia, y en que se nos dá un gaje precioso de la vida eterna, de la gloria futura que nos está preparada!» ¡O qué grande es nuestro Dios, esclamo al escuchar estas espresiones! sin duda que sus piedades no tienen término: la tierra está llena de sus misericordias, y el hombre es favorecido extraordinaria y singularmente por su hacedor.

Dirigid, Señor, el curso de vuestra clemencia hácia mí, y estableciendome y conservándome en la participacion sagrada de vuestra celestial mesa, hacedme heredero, con todos los escojidos de vuestros dones en el Cielo. Amen.

DIA 22.

¡ Jesus, vínculo el mas estrecho y sagrado! el alma que os recibe dignamente, ya nada tiene que desear: la comunión la ha unido con el mismo Dios, y se ha consumado admirablemente un matrimonio espiritual. No, no se asocia á vos por medio de una fé simple é ineficaz, sino con una fé tan viva, tan ilustrada, que se imagina ver claramente aquel huesped divino que se ha dignado visitarla: ay! entonces el alma pura, fuera de sí misma y sin saber lo que le pasa, participa en cuanto es posible, la felicidad de los bienaventurados. Siente con efecto, que vos estais en ella regalandola tiernamente, y el conocimiento experimental que tiene de vuestras bondades la enagena y transporta con una alegría tan

celestial y abundante, que no solo sus potencias estan llenas de placer, sino que el gozo que le comunicais rebo-
sa é inunda toda su sustancia: enton-
ces conoce la verdad de esta prome-
sa que hicisteis: «yo me descubriré al
que me amare» y queda tan conven-
cida, que dice con una seguridad in-
dudable: mi Jesus está conmigo y yo
estoy con mi Jesus: nadie será capaz
de desunirnos; y las pruebas mas
cruelles y los enemigos mas formi-
dables, no harán otra cosa que es-
trechar los lazos de nuestra union.
En ella se cumple á la letra lo que
vos mismo dijisteis, que el que co-
miese de vuestra carne y bebiese de
vuestra sangre estaria en vos, y vos
en él. Dios de misericordia y amor,
¿podria tener el alma señal mas se-
gura de vuestra divina misericordia?
¿con qué verdad, y con cuanta razon
se cumple en este caso aquella sen-
tencia del evangelio! «vendremos á él,

y permaneceremos en él. Sí, venís y morais en el alma, y de tal suerte la unís por la Eucaristia, que aun cuando no estuviessis en lo demás del mundo, habitariais en ella: ah! ¡qué amable sois, huesped soberano! y cuánto apetezco yo que me visiteis de esta forma! Si David preferia un dia en los atrios de vuestro templo, á millares en las tiendas fastuosas de los pecadores; ¿no deberé yo desear mucho mejor esta union sacrosanta y divina, que cuantos bienes engañosos me ofrezca el mundo y sus secuaces? Dios mio, yo la deseo, y os suplico que viva y muera en esta ventajosa resolucion. Amen.

DIA 23.

¡  Jesus, compañero de los hom-

bres! Vos os habeis querido quedar con nosotros para dulcificarnos las penas de nuestra peregrinacion. Despojados de la justicia original, lanzados del Paraiso y esclavos infelices de mil pasiones y mil miserias, gemiriamos sin consuelo en la mayor desolacion: pero vos dandonos vuestro Sacramento, no solo mitigais, sino que, en cierto modo, beatificais nuestras penas. Los justos que os reciben, gozan de vuestra conversacion, oyen vuestras consoladoras palabras, y tienen la sociedad mas íntima y mas estrecha con vuestra augusta magestad. Las angustias de su corazon las descargan en vuestro seno paternal, y de retorno les dais las esperanzas mas alagüeñas: os consultan en todas sus dudas, y vos se las desatais. Jamas se encuentran solos, sino siempre en la compañía mas agradable y encantadora; conversan familiarmente con vos, y en esta comunicacion

tan dulce, no experimentan fastidio alguno, siempre hallan algun nuevo atractivo que santamente los enagena.

Entonces sienten correr en sus almas, como en un paraiso de Dios, torrentes abundosos de gracias, y beben con un gusto inesplicable aquel agua esquisita que da saltos para la vida eterna. Con esta agua divina, se apaga en sus corazones la sed despedazadora, y que jamas se sacia de los bienes temporales, y no piensan sino entregarse, y sin la menor reserva, á aquella sabiduria infinita que se les ha dado á ellos con una profusion inmensa de dones en la sagrada Eucaristia. Y, ¿será ya estraño que teniendo un compañero tan escelen-te, y que jamás los abandona esten perfectamente contentos? Ah! mi Jesus, qué compañía tan dulce! Yo la busco con el ansia que el niño hambriento busca el pecho de su madre. Venid, Jesus cariñoso, venid á mi al-

ma, y no la desampareis jamás. Sed mi soberano y amoroso compañero en esta vida, para que en la otra pueda yo cantar vuestras piedades por toda una eternidad. Amen.

DIA 24.

¡ Jesus, fino esposo de las almas! ¿no os bastaba, Señor, haber contraído con nosotros un enlace sagrado por la fé, como estaba predicho por un profeta, sino que siguiendo la fuerza y el torrente de vuestro amor, quisisteis que este desposorio santo fuese mas estrecho y tierno, mas real y efectivo, haciendo que vuestra carne y vuestra sangre se identificaran con las nuestras en el Sacramento de la Eucaristia? ay! ¡que éstasis no deberá padecer el alma al

recibir el anillo que le dá la divinidad en la sagrada Eucaristia! Abrazada toda con su Dios, enagenada con las cariñosas demostraciones de su amado, siente en sí misma cosas que no las puede decir, que no las sabe explicar. Las caricias de Jesus llevan siempre la marca de su infinita grandeza, y los besos del eterno son mas embelesadores que la hermosura de las hijas de Sion.

Cuando Asuero descendió del trono para estrechar en sus brazos á la gallarda y escojida Ester, que pasmada á la vista del magestuoso esplendor que le rodeara, se habia desmayado; cuando tendiendole su cetro de paz la llamó amorosamente su hermana, y la consoló y reanimó, cayó ella en otra especie de deliquio no menor que el primero; pero que iba acompañado de delicias inefables. A este modo, Señor, ¿cuántas veces el alma buena, despues de recibiros, pa-

rece que se estasia, que pierde el uso de sus sentidos, y que fuera de si por el contento se abisma toda en el occéano de vuestra divinidad? ¿en estos estasis, aprende cosas que los sábios mas afamados no llegan á alcanzar! Entonces le comunicais dulzuras que pueden llamarse inmensas: y el hombre tan limitado y tan estrecho como es, se hace el Tálamo del Dios que no cabe en los cielos. ¡Qué pasmo, Jesus mio! ¿es posible que tanto nos hállais querido favorecer? Sí, porque nos amabais, y vuestro amor no podia resolverse á otra cosa: ay! ¿quién fuese digno de tantas mercedes! Perdonad, celestial esposo, mi miseria y alargandome el cetro de vuestras misericordias, concededme aquí por medio del Sacramento vuestra gracia, y despues la felicidad eterna. Amen.

DIA 25.

¡O Jesus, Dios de amor! vos teneis un deseo sincero y eficaz no solo de salvar al hombre, sino tambien de que el hombre se una á vos por caridad. La desproporcion que hay entre vos y él, hacia como imposible esta union: ¡el hombre infinitamente pequeño, vos infinitamente grande! ¡el hombre bajo, y vos elevado! ¡el hombre impuro y vos santisimo! Para quitar esta oposicion, para acercar estos dos extremos, tomasteis su misma naturaleza, y aparecisteis vestido de su sayal; y para consolidar esta obra y perpetuar con el hombre esta union, la asegurasteis y estrechasteis para todos los dias en el Sacramento del Altar. Aquí, no solo os presentais vestido de nuestra naturaleza, sino que quereis daros á cada uno de nos-

otros, quereis ser uno con nosotros y con nuestras almas, y que nuestras almas y el corazon de cada cristiano, sea una misma cosa con vos. Y á vista de esto, el hombre, ¿no deberá amaros con todo su ser, preferiros á toda otra cosa, no por un aprecio de pura especulacion, sino por una adhesion de voluntad, que le lleve á no amar verdaderamente mas que á Dios, y cuanto venga de su mano?

Ay! si yo me persuadiera de verdad, que nada grande hay en el mundo, nada estimable sino vos y vuestro Sacramento, yo no pensaria sino en agradaros, yo no desearia sino obedeceros; pero arrastrado de mis apetitos, me dejo llevar con frecuencia de las bajas inclinaciones de mi naturaleza corrompida, y no me gobierno segun las abundantes y divinas luces que me dais en la Eucaristia. Por eso no me uno perfectamente con vos, y me hago indigno y desmere-

cedor de las dulzuras celestiales que los santos han gustado en vuestra mesa. ¡Que mal he procedido! pero, Señor, vos solo podeis reparar este daño: no me abandoneis á mi ciego y desatinado consejo; y puesto que vinisteis á iluminar á todo hombre, dissipad las tinieblas de mi ignorancia, para que yo conozca la grandeza inefable de vuestro divino amor en el Sacramento, y gozando las dulzuras de vuestro cariñoso trato, no aspire sino á recibiros santamente en esta vida, y veros gloriosamente en la otra. Amen.

DIA 26.

¡ Jesus, tiernamente espresivo! ¡con que ansias manifestasteis á vuestros discipulos el ardor que os

devoraba por instituir el Sacramento! «Yo he deseado, les deciais, con un deseo vehemente, celebrar con vosotros esta Pascua.» Llevado de una santa impaciencia, queriais acelerar los momentos de aquella hora dichosa, en que nos ibais á dejar vuestro cuerpo por comida. No, no deseabais solo celebrar la Pascua con vuestros discipulos; la queriais celebrar con todos los cristianos, y poniendoos bajo las especies de pan y de vino, haciais vuestras delicias de habitar con nosotros todos los dias. Nos convidabais, y nos convidais para que vengamos de continuo á disfrutar de vuestro banquete: sabiais y sabeis lo que contiene el Sacramento, aquel cuerpo divino que fue formado por los dedos del Espiritu Santo con todos los cuidados que ecsigiera la grandeza inefable de la union que se le preparaba, aquella sangre preciosa, que ha vivificado todo el mundo, aquella alma purisima, en quien

la santidad por esencia estableció su tabernáculo y su trono, aquella divinidad, que no cabe en el universo, y á quien los cielos y la tierra deben sus adoraciones y homenajes; y á pesar de tanto nos llamais, nos invitais á tan augusta y venerable mesa, y del modo mas espresivo: «*desiderio desideravi.*» Hijos queridos, no desatendais los deseos, escuchad los votos y las ansias de vuestro tierno y amoroso Padre, abridme las puertas de vuestro corazon que quiero morar con vosotros. ¿Por qué no correspondéis á mis anhelos? ¿por qué no venís á mí con el gusto y con el empeño que yo voy á vosotros?

Ay! Señor, vos os deshaceis, por decirlo así, para alimentarnos con vuestra propia sustancia, y nosotros ingratos, parece que nos disgustamos de un manjar tan delicioso: lo mirámos con tedio, lo olvidamos y huimos de vuestros sagrarios y de vuestra mesa.

Alma mia, vuelve á los brazos de tu Dios, su amor todavia arde en su pecho; vuelve, que te perdonará: no temas, que abrazado de su caridad divina no te puede mirar con indiferencia; vuelve pobrecilla, ¿qué ventaja has sacado de las vanidades de la tierra? anda y recoge las bendiciones de tu Dios; él te dará á gustar aquí las delicias de su mesa, y en la otra vida las dulzuras de la gloria. Amen.

DIA 27.

¡**Q**ui mi Jesus! confuso y lleno de asombro estoy al pie de vuestros altares! un letargo de culpas me alejaba de vos; un pretesto de respeto me impedia el entrar en la sala de vuestro convite: vos mismo me habeis venido á despertar; un grito divino sa-

le de vuestro tabernáculo, y llama á todos los hombres. Yo antes lo habia oido, y sin embargo me volví á adormecer; mas ya soy otro, Señor, vedme pronto á seguir vuestras invitaciones. Y, ¿cómo es posible que me resista á vuestra ternura? «venid á mi, pobrecillos, os oigo decir, no temais: si yo me mostrara en todo mi esplendor y grandeza, pudierais temblar de acercaros á mi magestuoso trono: pero ¿qué notais en la Eucaristia que no deba atraeros como necesariamente á mí? Es verdad, yo soy el mismo Dios que hablaba á Israel en otro tiempo en medio de truenos y relámpagos; pero á vosotros me entrego sin ningun aparato de soberanía, ni poder; sin fausto, sin pompa, como despojado y desnudo de todo, para que nada os espante: venid, pues. Si un rey de la tierra os llamara para favoreceros, os creeriais dignos de la envidia de todos los hombres; y

el rey de las Cielos os llama á su misma mesa, os espera, os tiende los brazos para obligaros, y ¿sereis tan duros que me desprecieis y hagais a-larde de contradecir mis bondades? No, infelices: venid, cualquiera que sea vuestro estado y condicion; yo no reconozco esas preferencias odiosas del mundo; la virtud solamente tiene mérito para conmigo; donde quiera que la halle la honraré, y tendré mis castas delicias con el que la practique: venid, pobrecillos desterrados, si os sitian y asaltan millares de enemigos; si os fatigan en lo interior importunas y reiteradas tentaciones; si esterioresmente os apuran las desgracias mas humillantes, cualesquiera que sean vuestras penas y vuestros males; venid á deponerlos en mi seno; en mí hallareis vuestro consuelo y vuestra fuerza. Asi me hablais, Señor, y yo no puedo resistir mas. ¿Seré tan feliz, que encuentre todavia misericor-

dia en el Dios, que tantas veces he ultrajado? Sí, por que él mismo me la ofrece: esta esperanza queda depositada en el fondo de mi corazon: hacedla eficaz, Dios mio, con la remision y perdon de todas mis culpas en esta vida, y despues con la posesion de la gloria. Amen.

DIA 28.

¡ Jesus, alegria y felicidad del justo! yo acabo de ver en el Templo uno de los prodigios mas tiernos de vuestra diestra bondadosa. Aquel alma privilegiada, que con tanta piedad como virtud se llegó á recibiros, ha experimentado todo el lleno de vuestras misericordias, y toda la verdad de aquella sentencia «que vuestras delicias y regalos son habitar con

los hijos de los hombres.» Allí despues que lloró con la mayor eficacia y contricion unas faltas leves que sin advertir cometiera; despues que las depuso á los pies del confesor con un sentimiento cristiano y con un dolor sobrenatural; despues que por un largo recogimiento, y una oracion fervorosa y celestial se preparó para llegarse á vuestra mesa, se acerca por último á vuestro altar: sus pasos son preciosos como los de la hija del principe; su rostro encendido, su andar mesurado, su exterior devoto, y respirando una santa magestad, dan bien á entender que la gracia la conduce. Un concierto, una música de espíritus celestiales festeja aquel dia de amor y de regocijo: los bienaventurados la ven desde el firmamento y parece como que la envidian. Maria, esta madre del amor hermoso y de la santa esperanza, quiere ser su conductora; la quiere

introducir por su mano en la sala del convite, y subida en una cándida y refulgente nube, vestida del mismo sol, y hollando con sus plantas la órbita y disco de la luna, baja presurosa para ponerse á su lado. El Angel de su guarda la acompaña por el otro, sujiriendole los mas puros pensamientos. La Madre de Jesus acercandose á su oído le dice: «alma favorecida, mi hijo es el que vas á recibir; no olvides que es tu Dios.» Entonces esta alma como que se estasia, y en medio de su enagenamiento solo se le oye decir. «Ven, amado mio, tu eres mi Dios: mi amado para mí, y yo para mi amado.»

Al mismo tiempo un grito divinal sale de vuestro tabernáculo. «Ven del Líbano querida, ven y serás coronada.» Amiga, sube mas alto; tu asiento está dentro de mi corazón; entra esposa mia, y embriagada, y bebiendo del mosto de mis granadas, dul-

cemente dormirás tranquila entre las delicias de mi amor. Ven ya, pues mi derecha está estendida para abrazarte, ven, ¿por qué temes? Soy tu Padre, y te quiero como á la hija de mi corazón: ven, date prisa y conocerás cuán generoso es tu Dios.»

Asi, Señor, entraís en ella, desplegando todo el poder de vuestro brazo en su favor. Ah! con que ternura enjugais sus lágrimas! con qué dulzura mitigais sus penas! con que fuerza la revestís! ya nadie la podrá separar de vos: el mundo es para ella como un destierro, todo lo que no es Dios la fastidia, y todo su contento es vivir á vuestro lado. Jesus mio, si yo os recibiera así, si vuestro Sacramento obrara en mi estos efectos, ¿qué dichoso fuera yo! conozco que en mi está la culpa, yo pongo los obstáculos, porque vos de vuestra parte, no deseais sino favorecerme: dadme, os suplico, gracia para

quitar estos inconvenientes, y quitados poder gozar las delicias inagotables de vuestra caridad. Amen.

DIA 29.

¡ Jesus ultrajado en el Sacramento mismo, en que dais al hombre la mayor fineza de amor! Yo, Dios mio, me horrorizo; un pavor tétrico se apodera de todas mis potencias... Dios eterno, ¿qué es lo que acabo de notar? ay! allí descubro un alma atrevida, que esclava de las pasiones mas infames, sumida en los pecados mas viles, se apresura á recibiros con conciencia de pecado mortal. Cielos, desolaos vehementemente; puertas eternas, desquiciaos: el Dios que hace vuestra gloria y felicidad, vá á sufrir la mas horrenda profanacion: ese que se a-

cerca á la Eucaristia, ese que parece recojido y devoto, y que adora humildemente á Jesucristo, es como el impio y artificioso Herodes; él vá á descargarle al Salvador, en cuanto está de su parte, un golpe mortal, vá á renovar el crimen del traidor discipulo, dandole á Jesucristo un ósculo tan pérfido como el de aquel. Ah! sacrilego, esclavo infeliz de tus apetitos y del demonio: ¿cómo tienes valor de presentarte de esa manera en el altar? ¿Tu te atreves á mirar el arca con la audacia de los Betzamitas, tocarla con la inconsideracion de Oza, recibir al hijo de Dios y de la inmaculada y pura Maria, con las intenciones y maldad de Judas? Ay! huye de esto sitio, infame; ¿no ves que los abismos ensanchan sus fauces para devorarte? ¿Podrás sostener y mirar con indiferencia la vista del Dios que te presenta el sacerdote? Los demonios se estremecen delante de él; y tu ¿no

te conmueves? No oyes, que te dice su ministro «este es el Cordero de Dios, tu Criador, tu Salvador, el que rompió los Cielos por tí, y bajó del seno de su Padre para redimirte á costa de su vida; el que espiró entre ignominias y tormentos por librarte de la muerte eterna; y ¿no tiembles de crucificarlo de nuevo? Lo esperas tranquilamente; y ¿con esa impureza infernal comes el cuerpo del Señor? Pues sabe, que no has recibido un rey lleno de dulzuras, sino un rey montado en cólera y que no respira sino furor: no has recibido un Padre bondadoso, sino un enemigo formidable, no un Dios de mansedumbre, sino un juez terrible que te condena, y que que te vá á castigar, y que mientras el Sacerdote le pide con lagrimas y confianza, guarde tu alma para la vida eterna, tal vez fallará contra tí la sentencia de tu eterna condenacion.

¡Oh Jesus mio, yo estoy espantado: la vista de este espectáculo ha descoyuntado todos mis huesos: yo os suplico que me quiteis la vida, que me mandeis al infierno antes de permitir que yo os reciba en pecado mortal... Dadme á conocer mis pecados, dadme disposicion para llorarlos y confesarlos, á fin que de esta suerte pueda recibiros en gracia, y el Sacramento obre en mí la vida eterna. Amen.

DIA 30.

¡ Alma mia! tu vas á recibir á Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristia: ¿has pensado bien lo que vas á hacer? ¿has entrado en aquella prueba necesaria que pide San Pablo para que no comas tu juicio y con-

denacion? ¿has subido ya al tribunal de tu conciencia para investigar sus mas ocultos senos, y conocer las muchas culpas que te han hecho desmerecedora de ese pan celestial? ¿has gemido ya á los pies de Jesucristo detestando esa conducta ingrata y monstruosa que has tenido con su Magestad? ¿has depuesto todas tus fragilidades y pecados á los pies del confesor con aquella humildad, con aquella ingenuidad, con aquel dolor y claridad que debes, suplicandole que ecsamine caritativamente las llagas hediondas y fétidas que te han abierto las culpas, y que moviendose á compasion, las cure aplicandole el bálsamo precioso de la sangre del Cordero? ¿has concebido un horror cristiano hácia todos tus pecados, detestandolos cordialmente por ser ofensas de tu Dios, y prometiendole la enmienda con su ayuda?

Pues bien, recogete ahora dentro

de ti misma, y piensa sériamente que las cosas santas no son sino para los santos. Piensa que aquel Dios que no cabe ni en los cielos ni en la tierra, aquel Monarca poderoso que lleva brocado en la orla de su vestido, «yo soy el rey de los reyes y el Señor de los que dominan; á mi rinden vasallaje todas las criaturas» es el mismo que vas á recibir. Piensa que vas á hacer la accion mas grande é importante de la vida, y de consiguiente la que ecsige mas santa y perfecta preparacion.

Ay! Jesus mio, ¿es posible que yo voy á recibiros? Si los Angeles tiemblan en vuestra presencia, si se cubren los rostros con sus alas ante vuestro trono, ¿con qué respeto no deberé yo acercarme á vuestra mesa? Señor, yo os adoro humildemente con los Magos, yo os reconozco con San Pedro, por hijo de Dios vivo, yo os llamo con Santo Tomas, mi Dios y

mi Señor. ¿Es creible, gran Dios, que hayais querido morar, no solo entre los hombres, sino dentro de los hombres mismos? ¿De donde, Señor, tanto honor, tanta gloria para mi? Apartaos, Jesus bondadoso, porque yo soy un pecador muy grande: los angeles no merecen recibiros y ¿quereis que yo me alimente con vuestro cuerpo? No; alejaos, Señor, porque yo soy muy malo. Yo no soy digno de hospedaros en mi casa; es esta muy inmunda, muy pequeña, muy desaliñada para vos: si quereis dispensarme algun bien, vuestra palabra es omnipotente, decid á mi alma que sois su salud y esto me basta. Pero no olvidéis, yo os lo suplico por vos mismo, no olvidéis vuestra magestad y mi bajeza, vuestra santidad y mi miseria, no olvidéis lo que yo soy y lo que sois vos.

Jesus mio: yo me confundo y al mismo tiempo me reanimo: voy á recibiros, y esta idea derrama en mi co-

razon la mas tierna confianza. Sí, Dios mio, yo he hecho ya para purificarme lo que he podido; vos, como mi Padre, suplireis lo demás. Ay! ¿qué deseos, qué ansias siento ahora mismo por vos! yo aguardo con una santa impaciencia el momento dichoso en que he de recibirlos: yo os ruego que no tardeis en venir á mi alma; yo suspiro sin cesar por vos, la menor tardanza me parece insoportable: venid, Señor, porque yo desfallezco, venid á consolarme y á morar en mi pecho.

Voy á recibirlos, mi Jesus, á pesar que tanto os he ofendido: ay! que compulsion, que amargura despedaza mi alma! Señor, ¿debiera yo haberos ultrajado despues que vos tanto me amais? Ah! Dios mio, cuando pecaba tan atrevidamente, yo no reflexioné que me hacia indigno de recibirlos. ¿Quien pudiera volver atras los dias! ¿cuan distinto fuera de lo que he sido! mas ya, Señor, me he purificado por el

Sacramento de la penitencia; vuestra sangre divina y vuestra carne sacrosanta me limpiarán todavía mas. Voy á recibiros: siendo vos el santo de los santos, yo quisiera tener toda la santidad posible. Virgenes, que vestidas de blanco seguís al cordero por do quiera que va, yo envidio vuestra pureza y devocion. Martires, que en medio de las catastras y tormentos mostrasteis tanta constancia, yo os suplico me comuniquéis vuestra fé y vuestro valor. Confesores, que con tanta humildad y fervor recibisteis á Jesus, dadme parte de vuestras virtudes. Apostoles, que con tanto celo y heroismo servisteis á vuestro maestro, yo deseo acompañaros, é imitar vuestra generosa disposicion: Penitentes, yo quiero llorar con vosotros mis yerros, y abrazarme con las cruces y mortificacion: Angeles, espíritus bienaventurados, yo anhele vuestra caridad y vuestro amor. ¡Ojalá que mi

corazon se abrasara en el fuego sagrado que incendia todo el cielo! Virgen purisima, dignaos descender para preparar la habitacion á vuestro hijo: no permitais, Madre mia, que yo profane el Sacramento; os ruego, Señora, que me deis siquiera una partecita de aquella piedad, de aquel amor y ternura con que os llegabais vos á recibirlo.

Y vos, Jesus amoroso, amado de mi corazon, escogido entre millares, entrad ya en mi pecho, consumad ese desposorio sagrado con la menor de todas vuestras criaturas: no soy digno, Señor; pero una sola palabra vuestra, todo lo remediará. Yo os suplico que guardéis mi alma para la vida eterna. Amen.
